



XXV

LA muchedumbre que yo había visto á la entrada de la calle de Cedace-ros, se había ido extendiendo por la Carrera de San Jerónimo; y allí, frente á la iglesia de los Italianos, entre una masa de caras, atónitas unas, ferozmente alegres las más, ardía una enorme hoguera, cuyos rojizos resplandores alumbraban por igual los harapos y las costras de los holgazanes malvados, la atildada levita del indiferente curioso, y el casual, si no estudiado, desaliño de los patriotas vocingleros y de los asombrados como yo.

Desde el fondo de la otra calle, y en el mismo afanoso rebullir de un hormiguero en sus tareas, llegaban sin cesar hasta la hoguera hombres de aspecto patibulario, agitando en la punta de un sable, de una bayoneta ó de un garrote, una rica colgadura, una extraña

prenda de vestir, un cuadro de gran valor, una bata de cachemira... un pañuelo; ó conduciendo al hombro ó arrastrando ó en la mano, un mueble de preciadas maderas, una alfombra, libros lujosísimos, candelabros, estuches y los más primorosos caprichos de arte. Un grito bestial anunciaba la llegada de cada objeto, y otro más nutrido y feroz llenaba la calle en cuanto caía en medio de las llamas. Así se alimentaban aquéllas que á mí me espantaron. Las ricas tapicerías, los artísticos tallados, las finísimas y exóticas pieles; el grabado de Alberto Durero y de Morghen; las agua-fuertes de Rembrandt; los cincelados de Benvenuto; la armadura florentina; el rarísimo *incunable* y el lienzo en que palpitaban el genio y el pincel de Velázquez y Murillo, se confundían en breves instantes en un solo montón de ceniza. Y, entre tanto, en la morada de donde tantas riquezas salían se destrozaban á golpes las porcelanas sajonas, los vidrios de Murano, ánforas y barros etruscos... hasta los artesonados de los techos y las doradas molduras de las paredes. ¡Y todo este inicuo saqueo, todo este brutal destrozo, se hacía al grito de *¡mueran los ladrones!* y en la casa de un hombre desligado muchos años hacía de todo linaje de políticas, pródigo de su dinero ganado en colosa-

les empresas, cuya prosperidad reflujó en la del Estado y en bien del pueblo trabajador!

¡Qué razón tenía Clara! Sólo una bestia, con horror ingénito á lo limpio y á lo hermoso, podía deleitarse en consumir tantas profanaciones á un tiempo.

Huí de aquel sitio, lleno el corazón de pena y hasta de remordimientos. Temí que estuviera aconteciendo lo mismo en la calle del Príncipe. Miré hacia ella al atravesar su desembocadura en la Carrera; pero, afortunadamente, nada ví que confirmara mis temores. En cambio, oí que en la de las Rejas, en la del Prado y en alguna otra más, ardían también hogueras alimentadas con el saqueo hecho por la fiera en las moradas de otros tantos personajes *caídos*.

Llegué á la redacción de *El Clarín* no sé cómo ni por dónde, puesto que el miedo de volver á contemplar espectáculos que tanto me repugnaban, me hacía caminar muy de prisa y casi con los ojos cerrados.

Encontré á todos mis compañeros reunidos, y llevaba la palabra Redondo, que había sido puesto en libertad por algunos revolucionarios que abrieron las puertas de la cárcel á todos los presos políticos en cuanto se inició el movimiento. Abrazóme gozoso, y le abracé de muy buena gana, y todos los de la

casa me abrazaron después. Pero bien sabe Dios que á ninguno estreché contra mi corazón con tanta fuerza como á Matica. Ya se sabía allí mi aventura de la Puerta del Sol. ¡Cómo me la aplaudieron y con qué calor me la admiraron! Ya se ve: era yo de la casa, y mi *gloria* se reflejaba en ella. Redondo se asombró de que, por miramientos *mal entendidos*, hubiera empleado yo la fuerza de mi prestigio á favor de un hombre como Valenzuela; y yo me asombré de que Redondo no se avergonzara de lo que estaba pasando en las calles de Madrid. Sin embargo, tenía buen cuidado, á pesar de su fanatismo revolucionario, de llamar *bandidos y enemigos pagados* de la revolución, á los ejecutores de aquellas *justicias*. «¡Esos monstruos no son el pueblo!» decía, y decía muy bien; pero aceptaba los hechos en odio á los *ajusticiados*, como un ejemplo necesario. ¡Quién era el guapo que podía traer á la razón á un hombre capaz de tales acomodamientos de juicio!

Matica, que me apoyaba en la porfía, dijo terminándola:

—Por de pronto, esos vandálicos sucesos han dado ya su resultado natural y lógico. El Gobierno, en vista de su gravedad, ha sacado fuerzas de flaqueza; las tropas han recuperado el Principal, y en la calle de las Rejas ha

habido muertos y heridos. La guerra, pues, está declarada entre el poder y el pueblo; y usted, señor Redondo, y usted, señor Sánchez, vuelven á vivir de contrabando, y quizás todos nosotros, lo cual no acontecía dos horas hace.

Yo, que no sabía una palabra de estas cosas, me quedé yerto.

—Pues ¿dónde ha estado usted, alma de Dios?—me preguntó Matica que, por lo acontecido en la Puerta del Sol y por el tiempo transcurrido desde entonces, me juzgaba más enterado de los sucesos.

—Poniendo en lugar seguro á la familia Valenzuela,—respondí secamente y sin dar otros pormenores.

Sentóle muy mal esta respuesta á Redondo, en quien el fanatismo de secta se sobrepone, en ocasiones, á los impulsos de su buen corazón; pero Matica elogió el hecho como el más digno y generoso remate de mi hazaña de la Puerta del Sol; y este elogio, por ser de quien era, me supo muy bien.

El resultado de la conversación que se siguió á las palabras de mi amigo, que tan triste impresión me causaron, fué el amargo convencimiento de que mi situación era mucho más grave que cuando me hallaba oculto en casa de don Serafín Balduque. Enton-

ces sólo se trataba del autor de un escrito satírico; últimamente, era yo el caudillo aclamado por las turbas en el momento de empezar éstas á cometer las horribles fechorías que habían sacado de su inacción al débil y desalentado Gobierno. Si el paisanaje no triunfaba, vendrían, con la velocidad y el alcance del rayo, las duras represalias, las sangrientas venganzas, los tremendos castigos; y no habría cuartel ni miramientos ni caridad con los hombres señalados, como yo, por el ruido de una popularidad que en aquellos instantes era una infalible sentencia de afrentosa muerte en un patíbulo, ó detrás de las tapias de un cementerio. Esto acontecería tan pronto como el Gobierno alcanzara en Madrid la más pequeña ventaja sobre la revolución, y se extendiera la noticia del suceso por las provincias, donde ganaría con ello el necesario prestigio para acabar de afirmarse. Y, entre tanto, el paisanaje carecía en Madrid de una inteligente dirección que le organizase y le hiciera capaz, cuando menos, de oponer una seria resistencia al empuje de las tropas, embravecidas ya con el espectáculo de la sangre vertida en los primeros encuentros. Urgía, pues, organizar al pueblo, y ayudarle en su empresa con alma y vida, No entendía yo jota de lo primero, y

Dios me es testigo del horror que me inspiraba la fratricida guerra de las calles; pero la resolución que me negaba mi falta de fe política, me la dió la necesidad con largas creces; y á lo segundo me brindé con ciega abnegación, jurando llegar en la contienda tan lejos como el más guapo.

Muchas veces me he preguntado después acá: ¿influiría algo en aquel arrebató mío, en momentos tan peligrosos, la excitación de Clara á que siguiera yo el camino de las aventuras de la revolución, seguro de llegar muy lejos si no me amedrentaba ni encogía? Lo que tomé por un recurso de la necesidad, ¿no pudo ser el fruto de la semilla arrojada en mi corazón por las palabras de aquella mujer, á quien no podía olvidar un momento desde que me había separado de ella?

De dudar es el caso; pero ello fué que, cinco horas después, á la madrugada del 19 de julio, me batía como un desesperado en la calle de Jacometrezo contra las avanzadas de Palacio; que rechazadas éstas por nosotros hasta la plaza de Santo Domingo, continuaba batiéndome allí, sin saber todavía por qué no me asustaban las balas que oía por primera vez; cómo resistía, sin desplomarme, los rayos del sol que caían sobre mi cabeza descu-

bierta cual chorros de cristal fundido; cómo miraba sin espanto á los infelices que mordían el polvo á mi lado, y entregaban á Dios el alma entre borbotones de sangre y quejidos de agonía, ni qué espíritu diabólico se había apoderado de mí para hacerme ver en cada soldado un enemigo mortal de quien era preciso deshacerse con el plomo de mi cierto fusil; que seguí tan tenaz en la encarnizada lucha, que se necesitó todo el prestigio popular que había ganado en Vicálvaro el coronel Garrigó, cayendo herido á la boca de los cañones del Gobierno, para que, viniendo de intercesor, cesara aquélla cerca del mediodía, sin lo cual, ¡Dios sabe lo que hubiera sido de mí!; que una hora después me hallaba disputando á la Guardia civil la Plaza Mayor, y que, tras una lucha bárbara por ambas partes, fuí uno de los doce locos que avanzamos á cuerpo descubierto por el boquete de la calle de Ciudad-Rodrigo hasta la verja de la estatua ecuestre del centro; dando con esta locura tal ejemplo á los demás, que hicimos retirarse á los soldados por la calle de Postas, y quedó la plaza por nosotros. Sobre regueros de sangre entramos en los desalojados soportales, y, sin embargo, yo hubiera sido capaz de celebrar el triunfo empapando mis labios en ella. ¡Tan embruteci-

do, tan borracho me tenían el tufillo de la pólvora y el ardor de la refriegal

Tan borracho, que sin dar descanso á mi cuerpo ni otro alimento que un pedazo de pan y dos sorbos de vino, por la tarde me batía contra el coronel Gándara en la calle de Atocha... Recuerdo el extraño efecto que, no obstante mi insana obcecación, me causó la vista de aquel hombre, de gallardo continente, con su hermosa barba negra, vestido de paisano, hasta con sombrero de copa, á caballo, al frente de algunos soldados, en medio de la calle, batiéndose contra un enemigo invisible que le hostilizaba por ventanas y buhardillas. Era gran amigo del personaje con las riquezas de cuya morada se había alimentado la hoguera de la Carrera de San Jerónimo. Presenció este injusto y bárbaro atropello; y tal como se hallaba, después de acudir al ministerio de la Guerra, montó á caballo. El impulso fué noble y generoso. Desde entonces, hasta que le ví en la calle de Atocha, no se había apeado; y sabía yo que al aventar á balazos por la mañana aquella hoguera después de haber aventado otra parecida en la calle de las Rejas, algo más que pavesas se habían llevado sus proyectiles por delante.

Pero no obstante el tributo rendido por mi

imaginación novelesca á estos rasgos de paladín legendario, yo tiraba á matar cuando le tuve enfrente con los suyos, porque á matar venían ellos.

Los últimos tiros de este empeño resonaron pavorosamente en medio del silencio y la soledad de la noche; y mientras desfilaban las tropas de Gándara hacia la calle de Carretas, después de haber depositado algunos cadáveres de infelices soldados en las bóvedas de San Sebastián, yo, por otras calles, deslizábame en busca de mi casa para reponer un poco las quebrantadas fuerzas y dar á Clara un testimonio de que no había olvidado mi compromiso de velar por ella.

Estaban tiznadas mis manos, y había sangre en ellas, y sangre también y polvo en mis vestidos; y debía tener yo todo el aspecto de un bandolero, cuando aparecí delante de la familia Valenzuela, y sin cumplidos ni ceremonias, rendido por la fatiga y las emociones, me dejé caer en el sofá, con espanto de Pilita, asombro de Manolo y no sé si admiración de Clara, que en un buen rato no apartó de mí sus ojos fulgurantes. Huyendo de su invencible firmeza los míos, los fijé en el espejo que tenía enfrente; y entonces ví que mi cara no estaba más limpia ni mejor aliñada que el resto de mi cuerpo. Eramos Clara y

yo, en aquel instante, tal para cual: yo un acabado modelo de matón de barricada, y ella la viva encarnación del genio inspirador de hazañas como las mías.

Referí, á sus instancias, todo lo que había visto y sabía, y lo que podía referirse de cuanto yo había hecho; infundí en Pilita, pues Clara no parecía preocuparse con ello, grandes esperanzas de que en breve acabaría su cárcel; y aunque nada me quedaba que hacer allí, y el cuerpo me reclamaba alimento y descanso, dejábame con gusto vencer de la fuerza fascinadora con que los ojos y las palabras de Clara me retenían á su lado.

Al otro día ¡nunca él amaneciera! era yo aclamado jefe de una barricada que en la calle de la Montera habíamos levantado muy temprano, bajo los fuegos incesantes de las tropas del Principal. Por una serie de casualidades que no hay para qué referir, Matica estaba á mi lado, tan sereno y mordaz enfrente del enemigo, como en el blando sillón del teatro ó en la banquetta del café. El aspecto que ofrecía Madrid en aquella mañana era verdaderamente aterrador. Ni una puerta abierta, ni un transeunte en las calles, ni otros ruidos que el de las descargas de fusilería acá y allá, y algún grito de los combatientes, cuando no el ¡ay! lastimero del moribun-

do. Un sol africano, abrasador, digna luz de tal cuadro, le iluminaba.

Pues en estas circunstancias, cuando el reló del Buen Suceso acababa de dar las once, apareció entre nosotros, deslizándose calle abajo, por la acera de San Luis, muy pegadito á las casas, el sempiterno cesante don Seraffín Balduque. Movidos instantáneamente de un mismo impulso Matica y yo, nos lanzamos sobre él y le metimos en el portal contiguo á la barricada. ¡Le hubiera sopapeado entonces de buena gana por imprudente y mentecato!

—¡Qué demonio le inspiró á usted la idea de venir á este estrelladero de balas?—le dije, casi pegándole.

—Déjeme usted hablar—me respondió sentándose en el primer peldaño de la escalera, y limpiándose el sudor de la calva con el pañuelo.—Déjeme hablar, que hablando se entiende la gente... Ayer no salí en todo el día de casa; y usted, que había quedado en volver, no pareció por ella. Como se anduvo á tiros todo el día y parte de la noche anterior, y usted estaba tan metido en los belenes revolucionarios, temimos que le hubiera sucedido algo... y no así como quiera, sino que á mí me aplanó la murria por entero; Carmen no probó bocado en todo el santo día, y Qui-

ca no cesó de mojar la pestaña. Con estos temores y el escozor de saber algo de lo que había pasado en Madrid, esta mañana, al ver que parecía la villa una balsa de aceite, aventuréme á asomar las narices á la calle con ánimo de ir explorando el terreno poco á poco y hasta donde se pudiera. Carmen no quería; Quica, que es más curiosa, me animaba; y como yo tengo más agallas de lo que parece, y de un tiempo acá, como sabe usted muy bien, tanto me da pepinos como calabazas, entre si salgo ó no salgo... salí. Por aquella parte no se movía una mosca... salvo unos tiritos que sonaban hacia la calle de Toledo; seguí andando, y tampoco; y andando, andando, aunque veía en esta calle y en la otra gentes muy afanadas en levantar adoquines, llegué sin tropiezo ni rodeo de importancia hasta la de Atocha... ¡No miento si aseguro que tiene encima una alfombra de cascotes de más de medio pie de espesor! Contemplando esto y las marcas de las balas en la fuente de la plaza de Antón Martín, me pasé un rato. Un transeunte de regular catadura me explicó lo que había sucedido allí... y también me aconsejó que no me detuviera mucho á la intemperie. Supuse que no lo diría solamente por el calor que hace; pero aunque también había por aquellas alturas mucho revoltijo

de adoquines, noté que se podía ganar un poquito de camino más hacia adentro. «¡Pues vamos allá, qué calabaza!» me dije, «y veamos lo que pasa;» y entré por la calle del León, y seguí después la del Prado arriba, donde ya la cosa se iba formalizando y era el tránsito un poco más difícil. Pero pasé; y ya, puesto en la calle del Príncipe, dije: «vamos hasta la del Caballero de Gracia, y allí preguntaré por ese hombre en su misma posada.» Costóme gran trabajo, y en más de un riesgo me ví, porque en tiempos de revolución no son confites todo lo que anda por el aire, ni todos los caminos están como la palma de la mano, ni todos los hombres tienen el don de gentes ni la más esmerada educación; pero llegué, y ¡calabaza! estaba el portal cerrado... como todos los que iba dejando atrás. «Pues no retrocedo,» me dije, «porque á estas horas estarán tapadas todas las salidas, al paso que iban las barricadas y las cosas cuando yo las ví... Pues vamos por la Red de San Luis...» Verdad que estaba oyendo yo rato hacía tirós hacia la Puerta del Sol; pero también habían sonado algunos hacia la Cibeles... y yo por algún lado había de salir, ¡calabaza!... Y fuime á lo desconocido, por si acaso era mejor que lo otro, que no era bueno, puesto que á poco me santiguan con

un balazo al atravesar la calle de Alcalá. Ya en la Red, y obstruídas por barricadas las calles que en ella desembocan, tomé una carrerita en busca de la plazuela del Carmen... Pero cata que, mirando hacia esta barricada, los distingo á ustedes; y ¡calabaza! ¿qué había de hacer sino llegarme á darles un abrazo y pedirles un refugio?...

—¡Á buena parte ha venido usted á buscarle! —exclamó Matica, medio en serio y medio en broma.—¿Usted sabe que aquí no pasa un cuarto de hora sin que lluevan las balas á docenas?

—De manera—dijo don Serafín,—que como no me han dado á escoger...

—Debiera usted—añadí yo hondamente disgustado,—no haber hecho la locura de salir de su casa; y ya que salió, haberse vuelto á ella cuando pudo hacerlo. Usted no es un muchacho en quien puedan disculparse las calaveradas de esta especie... Tiene usted una hija...

—Mire usted, señor don Pedro—me respondió Balduque interrumpiéndome con muy mal gesto,—todo lo que puede sonar en esa cuerda, me lo estoy oyendo yo sin cesar... ¡Ojalá no sonara tanto! Ahora estamos aquí tratando de otra cosa muy distinta.

—Pero hay que pensar en todo... ¿Sabe

usted cuándo acabará esto, y cómo acabará... y cómo acabaremos nosotros, y los que con nosotros se hallan en esta ratonera?...

—Si me echara yo á pensar todas esas cosas... y si no cavilara tanto en otras muchas, seguro que no me hallara aquí en este momento...

Cuando así hablaba don Serafín, oyéronse los tiros que volvían á cruzarse entre el Principal y la barricada. Salí á ella, recomendando mucho á Balduque que no se moviera de allí. Muy poco después volvía al portal con un hombre que acababa de recibir una herida en un brazo. Teníamos allí á prevención algunas hilas, aglutinantes, etc... y en el entresuelo de la misma casa catres y colchones para lances más graves. El herido arrimó el fusil á la pared; sentóse, y llegó Matica, que aseguraba recordar algo de lo que había oído explicar en San Carlos; y reconociendo la lesión, dijo que se curaba con dos cuartos de ungüento.

Mientras esto sucedía, Balduque, con el sombrero en la coronilla; las manos tan pronto en los bolsillos del pantalón como rascando la cabeza ó sobando los bigotes á contrapelo; los ojos errabundos, y moviéndose todo de un lado para otro, revelaba hallarse bajo el imperio de una excitación ner-

viosa que me alarmaba. Encargué mucho al herido que cuidara de él mientras yo volvía; y salí de nuevo á la barricada, porque el fuego no cesaba un punto... Por salir cayó en mis brazos un combatiente, con un balazo en el pecho. Ayudóme otro hombre á sostenerle, y entre los dos le condujimos hasta el entresuelo.

—Esto es más grave—dije á Matica al llegar al portal; y á don Serafín porque no se quedara solo:—Suba usted también para ayudarnos en lo que pueda.

Y subió con los demás, y nos ayudó á descubrir la herida, que parecía cosa muy seria. Temblábanle las manos al cesante y hablaba sólo palabras incoherentes. La triste obra en que todos estábamos empeñados, llegó á ocupar toda mi atención. De pronto noté la falta de Balduque en el grupo que componíamos los demás alrededor del nuevo herido. Alcé la cabeza, y tampoco estaba en el entresuelo; corrí á la escalera, y ví con espanto que, con un fusil entre las manos, se lanzaba del portal á la calle.

Bajé de dos brincos, y salí tras él, en medio del tiroteo que no cesaba.

—¿Adónde va usted, desdichado?—gritéle.

—¡Á ganar con mis puños lo que se me debe en justicia!... ¡Á enviar al Gobierno

con una bala el memorial de mis agravios!...

Y esto lo voceaba encaramándose ya en lo alto del parapeto, echándose á la cara el fusil, ¡que ni siquiera estaba cargado!

—¡Viva la justicia!—gritó allí como un desesperado.

Y un instante después, ¡caciago instantel cuando tocaba yo los faldones de su levita con mis manos, se desplomaba entre ellas con la inerte pesadez de un moribundo.

En presencia de aquella tremenda desgracia, sin valor para resistir el vocerío de los pensamientos que diabólicamente eslabonados me asaltaron la cabeza, desde el fondo de mi corazón pedí al cielo otra bala para mí; pero no hubo una, entre tantas como silbaban á mi lado, que anidar quisiera en un pecho tan lleno de pesadumbre.

Todos cuantos recursos terapéuticos nos había proporcionado la previsión de Matica, que no eran muchos, se emplearon inmediatamente en el empeño de volver á la vida á aquel pobre hombre que parecía un cadáver. Hasta se puso de nuestro lado, ¡bien tarde ya! la feliz casualidad de haberse suspendido en aquel instante las hostilidades entre el paisanaje y las tropas, quitándonos con ello el único cuidado que pudiera separar nos del moribundo.

—No se cansen ustedes—nos dijo éste, con voz apenas perceptible, vidriosa la mirada, lívido el semblante, jadeante el pecho y ensangrentada la boca:—tengo la muerte allá dentro... y hará su oficio muy pronto... Yo la busqué con una locura... hija de muchos pensamientos ¡muy tristes! ¡muy negros!... Sé que debí vencerlos, porque hombres hay más desgraciados que yo, y no los tienen; pero no pude... No es culpa mía... y por eso me absolverá la misericordia de Dios, cuando á su tribunal me acerque... ¡Hija mía!... ¡Esta sí que es pena sin consuelo para mí!... ¡Sola!... ¡sola en este mundo sin justicia!... Y sola, porque yo no pensé bastante en ello... al arriesgar hoy mi vida entre las balas... con el deseo de ganar á tiros lo que se me debe en buena ley... Esto no sé si me lo perdonará Dios, aunque disculpa y razón tiene en las flaquezas humanas... Usted que la conoce... mi buen amigo, no la desampare de todo... Y usted, señor Mata, haga por conocerla... ¡Verá usted cómo la juzga digna de su amparol... ¡Que tenga siquiera una sombra!... algo á que arrimarse para llorar, más que la triste Quica... ¡pobre Quica! ¡Desventurada Carmen!... ¡Dios mío!...

Tomóle aquí un desmayo... y no volvió de él. ¡Me pareció un sueño aquel tan inesperado!

do, tan rápido y tan tremendo infortunio! Maldije otra vez á la revolución, y me maldije á mí mismo, y maldije la brutal empresa en que yo estaba empeñado desde la víspera; causa quizá de la muerte de aquel desdichado, del desamparo de la pobre huérfana y de las acerbas lágrimas que vertería en su dolor sin consuelo...

El mismo Matica, tan frío y sereno de ordinario, permanecía pálido y mudo delante de aquel cadáver.

Apenas me dí cuenta de los restantes sucesos del día, no obstante la activa parte que tomé en ellos por razón del cargo que desempeñaba allí. Sé que la suspensión de hostilidades lograda por negociaciones entre el Gobierno y una Junta de armamento y defensa, formada aquella misma madrugada por hombres notables del partido progresista, bajo la presidencia del general San Miguel, duró sólo algunas horas; que á media tarde se reprodujo con mayor saña la refriega en todos los barrios de la villa; que me batí de nuevo hasta el anochecer; y que entonces, nombrado capitán general de Madrid y ministro de la Guerra San Miguel, hizo saber éste, *urbi et orbi*, que había sido llamado Espartero para formar ministerio y arreglar la cosa

política tal cual se quería en el Manifiesto de los generales pronunciados; con lo cual abrazáronse tropas y paisanos, y, con gran regocijo de todos, acabóse aquella bárbara matanza; pero quedando el pueblo armado en sus barricadas, «por si acaso...» Lleváronse los heridos á los hospitales de sangre, y los muertos al campo santo. ¡Pobre Balduquel! Si se supo en qué lugar del mundo reposaban tus honrados huesos, á mi previsión fué debido, al celo de Matica y á la fidelidad de dos hombres que no se separaron de tu cadáver hasta dejar señalada con una cruz la tierra que le cubrió.

No pude hacer más por tí en aquel instante.

Para lo que hubo que hacer tan pronto como fué posible el tránsito por las calles, no hallé fuerzas en mi espíritu. Matica, que le tenía más sereno y no estaba ligado á la pobre huérfana por los afectuosos vínculos que yo, se aventuró, en obsequio mío, á darle la noticia del mejor modo que pudo... Nunca quise oír á mi amigo el relato de aquella dolorosa entrevista. No sé aún lo que pasó en ella, aunque sé que fué terrible.

Cuando, al otro día, acudí yo á ver á Carmen, las fuentes de su corazón se habían secado. No quiso que la hablara una palabra

del suceso. Pálida, recogida en su dolor, muerta en su rostro la sonrisa, estaba como tanteando los bríos de su alma para afrontar con ellos los azares en la triste soledad de su vida.



XXVI

PERO si las propias amarguras se dulcifican con las drogas de la providente necesidad, y los dolores más vivos del alma se mitigan y hasta se borran con el roce de los tiempos en su marcha fatal é inalterable, ¿qué mucho que las tristezas engendradas por ajenos males se desvanezcan con los vientos de la imaginación y las locuras de la vanidad?

No olvidaba yo un punto á la desvalida huérfana de Balduque, ni se apartaba de mi memoria la trágica é inopinada muerte de este pobre hombre; pero no me creía tan obligado á llorarla como en el portal de la calle de la Montera, cuando, por ejemplo, Clara, después de devorar los relatos que la prensa hacía de los sangrientos lances, tan pronto como se le permitió hablar de ellos á su gusto, relatos henchidos de mi nombre y de mis proezas, me decía arrugando el perió-

dico sobre su falda y volviendo hacia mí sus negros ojos:

—¡Hubiera yo querido ver eso!

Y yo, al oírlo, ¡Dios me lo perdone! hubiérame arriesgado á repetirlo, por solo el gusto de que lo viera.

Pilita, mujer fútil, alma insubstancial, sin otra aspiración ni otro anhelo que ser un figurón decorativo del *gran mundo*, y encerrarse en su tocador atestado de pringues y menjurges, no podía resistir la vida en aquella humilde posada, ni aun considerando el por qué de estar en ella.

Pasábase el día entre bostezos, suspiros y pueriles impacencias, insensible, extraña á todo, menos á su antojo de volver á su casa, que, por un milagro de Dios, se había librado del saqueo á que estuvo sentenciada. Ni cogía un libro ni una labor entre las manos, para hacer más llevaderas las horas; oía bostezando el relato de los más terribles sucesos de las recientes jornadas; y por no pensar en nada, ni siquiera pensaba en el aún dudoso paradero de su marido.

—Pero si todo esto ha concluído ya—me dijo un día, medio escondida detrás de su abanico,—¿por qué no nos volvemos á nuestra querida casa?

—Porque no es tiempo todavía, señora—

respondí;—deje usted que llegue Espartero, y entonces nos iremos.

—Y ¿qué tengo yo con ese buen hombre?

No podía meter en la cabeza de Pilita una idea tan trivial como la relación que había entre su seguridad personal y la llegada de Espartero á Madrid.

Más atrás dije que al cesar por completo las hostilidades entre la tropa y el pueblo armado, éste se quedó arma al brazo en las calles «por si acaso;» es decir, en garantía del cumplimiento de la oferta, hecha por el trono, de que vendría el famoso general, á la sazón en Zaragoza. Por de pronto, se convocó al Ayuntamiento y á la Diputación disueltos en 1843; y estas liberales corporaciones, apenas reunidas, y la Junta de armamento, que, *auctoritate qua fungor*, se despachaba en todo con humos de gobierno provisional, comenzaron á funcionar en sus respectivas esferas.

Tratóse de organizar la Milicia ciudadana, y fuimos declarados milicianos *natos* cuantos estábamos en las barricadas. Como jefe de una de ellas, tenía yo un par de galones como dos soles en cada bocamanga; y con éstos y mis proezas, sabidas de memoria hasta por los chicuelos, dióseme el mismo grado en un batallón; es decir, que se me aclamó coman-

dante de él. Asignáronse, al mismo tiempo, cinco reales diarios á cada sirviente de barricada, contando con que había en ellas mucho pobre, y con que la cosa podía durar; y hete aquí que cada vecino se dió á construir su barricadita particular á la puerta de la casa, y á colocar en ella al hijo, y al amigo, y al aficionado, con sus fusiles de verdad y su trompetita correspondiente, y hasta con su letrerito indispensable en lo más alto, de: *Pena de muerte al ladrón*; con lo cual Madrid, en un par de días, fué una verdadera red de barricadas, cuya malla más grande apenas dejaba el espacio necesario para pasarse el centinela, arma al brazo; conversar en pintorescos grupos los demás héroes de servicio, y comer el rancho marcial *coram pópulo*... ¡Toma! y que fueron estos intrusos los primeros en lucir el chambergo gris con cinta verde, y la blusa y los calzones de dril; prendas que se adoptaron, con mediana suerte, como distintivo de héroe de barricada; y los que discurrieron adornarlas con arcos de fresco ramaje, inscripciones épicas y retratos de generales y otros hombres del partido revolucionario, tan pronto como el vecindario dió en recorrer las calles, como un inmenso hormiguero, por los portillos abiertos en las aceras. Y como en estas exhibiciones se po-

nían muy huecos y marciales, llevábanse la admiración y el respeto de las gentes, mientras el puñado de bolonios que habíamos cargado con la farda en los tres días de balazos, tal vez pasábamos allí por patriotereros del día siguiente.

Entre tanto, Espartero no llegaba, y nadie sabía decirnos por qué; y entre el escrúpulo de Gobierno que teníamos, la Junta y el Ayuntamiento, reinaba la más encantadora discordancia de pareceres; de esta discordancia nacían la debilidad y el desprestigio de los discordes; y las barricadas, llenas de gentes de todas procedencias y de toda clase de aspiraciones, hacían lo que les daba la gana. En los barrios del Sur, donde imperaban los *Miguelones* y los *Puchetas*, se fusilaba al *sursumcorda* sin formación de proceso.

Así murió el famoso don Francisco Chico. Un día se presentó la turba multa en su casa; le arrancó de la cama en que yacía postrado; le sentó medio desnudo en unas angarillas; cogió después al portero que le servía; echóle á andar junto á su amo; y en ruidosa procesión, calle de Toledo abajo, llegó todo junto, entre oleadas de curiosos y de furias, hasta el último tercio de ella; y allí, á las diez de la mañana, arrimados los reos á una pared, con angarillas y todo... ¡cataplum! Ésta era ya la

tercera justicia que hacían aquellas bondadosísimas gentes. Bajó San Miguel allá; echóles un trepe rudo entre algunos piropos indispensables, y le prometieron la enmienda; pero no se enmendaron cosa mayor.

Yo, que, por mi calidad de jefe, me hallaba en frecuente trato con la Junta, sabía muy bien hasta qué punto la alarmaban éstos y parecidos alardes de indisciplina y de rebelión, en circunstancias tan graves, y el aprieto en que la ponían otros desmanes que, sin ser tan públicos ni tan ruidosos, no eran menos temibles. Uno de estos peligros, en opinión de la Junta, y aun del público rumor, era cierto *Círculo* patriótico, que celebraba de día sus sesiones públicas en un teatro; *club* nacido con el buen fin de ayudar en su difícil empresa á la Junta en aquel peligroso interregno; pero descarrilado bien pronto por la ambición y la pedantería. Tanto se contaba de lo mucho que se charlaba allí, y tal importancia se daba á las peloterías que se armaban de vez en cuando, y tan curioso y divertido lo pintaban cuantos lo habían visto, que un día quise verlo yo también.

Presidía la junta ó mesa, ó como se llame, en medio del escenario, un famoso conde muy progresista, y el público llenaba palcos y sillones. Yo me acomodé, no sin dificultades,

en una de las galerías bajas, muy cerca del proscenio. Cuando entré, había allí un zipizape de todos los demonios: la campanilla se desbadajaba sonando, y el público rugía porque sí y porque no y porque qué sé yo; y un ciudadano anguloso, de barba lacia y mirar sombrío, con poco pelo y ese muy erizado, el cual ciudadano lo había revuelto todo, protestaba contra las imposiciones de la presidencia y contra la presidencia misma y contra todas las presidencias del mundo; porque —decía,— «yo soy tan liberal, que no quiero presidentes de nada ni en ninguna parte, puesto que donde hay presidencia hay tiranía.»

La palabreja arrancó aplausos; calmóse el alboroto, y aprovechó la tregua el orador para concluir pidiendo, *exigiendo*, de los tutores de la revolución triunfante, que cuando entrara en Madrid el general Espartero, fuera delante de él desde la Puerta de Alcalá, en la punta de una lanza, la cabeza de... (y nombró la persona). Así descansó el energúmeno y se quedó tan fresco.

Alzóse otro orador cerca de mí, porque le tocaba hacerlo en riguroso turno. Era grande y algo chato, aparatoso de traje, pródigo de tirillas y pechera, y muy holgado de mangas. Echando más de medio cuerpo fuera de la barandilla, precedido de un brazo

descomunal, comenzó en voz áspera un preludio majestuoso con los sobados temas de «las conquistas del *nuestro* glorioso alzamiento;» «la generosa sangre de *nuestras* venas, derramada por la causa de la libertad;» «la tiranía derrocada por *nuestro* heroico esfuerzo,» y otros tales; dijo que «la revolución no podía, sin deshonrarse, faltar á sus generosos fines delante de la Europa civilizada que *nos* estaba contemplando con asombro;» y cuando yo pensé que todo aquel campaneó resonante iba con los retóricos de la casa, salta y añade que con ocasión de haber ido él á visitar el día anterior unas fincas de su propiedad (después supe que nunca tuvo el preopinante otras fincas que unos granos de mala traza en el cerviguillo) al inmediato pueblo de Jetafe, había visto, con honda pena de su corazón, con vergüenza de sus sentimientos liberales, que aquel ayuntamiento, «hechura de la ominosa situación derribada,» aún estaba sin disolver, «por intrigas de la mano oculta de la reacción, para mengua y baldón de la causa de la libertad.»

Tomóse en cuenta, entre aplausos, la denuncia; y apoyó el tema un ciudadano de mal pelaje, desde un palco segundo, con el ejemplo de una gran señora perteneciente al «lujo inmoral de un *latro-manate*,» descu-

bierta por él la pasada noche después de cuarenta y ocho horas de pesquisas, cerca de Aranjuez, y traída á Madrid aquella misma mañana, «á la *inominia* pública, entre un piquete de veinte caballos, á son de clarín.» Verdad que al llegar supo que la dama arrestada no era la prenda del *manate*, sino otra señora muy honrada que nada tenía que ver con él. Pero para el caso daba lo mismo; el esfuerzo estaba visto, y la voluntad probada. Eso y mucho más era él capaz de hacer por la causa de la libertad, por la cual se había batido en la calle de la Paloma, y velaría á pie firme mientras dormían los que debieran defenderla.

Y como se tocaba el capítulo de servicios prestados á la revolución, salieron á docenas, por otros tantos agujeros, los acreedores de la pobre señora. Quién se alababa de haber hecho trizas hasta cuatro *cajones* de la policía; quién, de tener despellejados los dedos de arrancar adoquines para hacer barricadas; quién, de haber roto con sus propias manos, en el palacio de la calle de las Rejas, dos candeleros, cinco cortinones y un reloj de música; quién, de haber abofeteado en la Puerta del Sol á un empleado «de los ladrones caídos, que huía á esconderse, avergonzado de la luz de la libertad...» Salió también,

y por el foro, para mayor estruendo, un oficialite del ejército, que, conmovido y tartajoso, dijo unas cosas que nadie entendió; pero tomóle bajo su amparo un padre grave de los del capítulo del escenario, que era buen orador y no mal médico, y díjonos que aquel valiente quería decirnos, y no podía porque le embargaba patriótica emoción, que hallándose en un puesto confiado á su lealtad y vigilancia por la ominosa tiranía derrocada, se había pasado con todas las fuerzas de su mando á la revolución, porque «antes que todo, y antes que soldado, era liberal.» Pensé yo que, después de contarnos esto el orador, nos pediría un piquete para fusilar á aquel modelo de pundonorosos capitanes; pero nos pidió que le otorgáramos todo nuestro amor y todo nuestro entusiasmo, porque soldados como él eran los que necesitaba la causa del pueblo... En fin, con decir que hasta Bujes, que asomó la gaita por un proscenio bajo, hizo un discurso á mazo y escoplo, como pudiera hacer una carreta, narrando los hechos heroicos consumados por él y los ciudadanos de su calle, «para romper las cadenas con que los oprimía el déspota,» está dicho todo.

Aquello era una jaula de mentecatos, una puja indecente de merecimientos que, ó eran ridículos, ó afrentaban la causa en cuyo nom-

bre se exponían; y todo iba á cuento, á vueltas de tanto cacareo de abnegación y de sacrificios, de reclamar un mendrugo de los que habían de repartirse tan pronto como llegara de Zaragoza el presidente del nuevo festín. El asco y la ira me espoleaban; la lengua me hervía en la boca, y al fin pedí la palabra. Los que se sentaban delante de mí, sin duda para verme y oirme mejor, brindáronme con un hueco que hicieron entre todos; aceptéle, y avancé hasta la barandilla que nos separaba del patio de las lunetas.

Ya he dicho que poseía yo, amén de una voz de gran potencia, una verbosidad extraordinaria, y ciertas naturales dotes de tribuno, no muy comunes. Además, en aquel momento debía ofrecer mi persona el aire pintoresco de un *condottiere*, ó de un bandido de teatro. Llevaba toda la barba, que me había dejado crecer durante mi reclusión; holgado cuello de camisa con corbata suelta al desgaire; descomunil cuchillo de monte á la cintura, oculto á medias por la entreabierta tuina de dril, de color ceniza, y sobre cuyas bocamangas brillaban los dobles galones de comandante de barricada; tenía en la diestra un enorme chambergo gris con escarapela, y aún ostentaba mi rostro las huellas del sol abrasador de aquellos días de encarnizada lu-

cha. Con tales dotes, señas y arrequives, á poco esfuerzo que yo hiciera, el éxito no podía ser dudoso en medio de aquel singularísimo concurso.

Sin más que exhibirme ante él, cierto rumorcillo que recorrió la sala al instante, como brisa de verano en espeso robledal, me hizo creer que comenzaba yo á ser objeto de la pública curiosidad, excitada por la delación de alguien que me conocía allí. Esto ya era otra garantía del buen éxito de mi empresa. Á lanzar iba la primera palabra, cuando el presidente, pluma en mano, me interrumpió diciéndome:

—Sírvese declarar su nombre el ciudadano que va á hablar.

Á lo cual respondí yo, con voz sonora y ademán altivo:

—¡Pedro Sánchez!

No bien lo dije, cuando el rumor de la sala se trocó instantáneamente en bramidos de entusiasmo y en estruendo de palmadas. La batalla estaba ganada; el campo era mío. Podía cortar, herir y machacar donde quisiera.

Y así lo hice.

No entré en el asunto por los caminos trillados y las puertas conocidas del vulgo; le asalté á exabrupto seco y á apóstrofe limpio. Me encaré osadamente con todos y cada uno

de los que habían hablado antes que yo; clavé en la picota de mi indignación y de mis burlas, según los casos, el hueso de sus peroraciones de hojarasca; *traje al debate* los rumores públicos; expuse las alarmas de los hombres cuerdos enfrente de aquellos temerarios desvaríos, y afirmé que, después de lo que había presenciado allí, aún me parecían pálidos los colores con que lo pintaban los que temían que el fruto de tanta sangre y tanto sacrificio, pereciera en manos de mentecatos y de charlatanes. Como los preopinantes contaban sin duda con el apoyo de mis fuerzas cuando me vieron levantarme para hablar, mis palabras causaban en ellos marcado asombro, y aun estupor; pero como los que no habían soltado prenda alguna eran muchos más, y muchísimos más todavía los que se hallaban allí en busca de jaleo y de emociones fuertes, y todas estas dos grandes porciones acogían cada fin de mis hinchados y resonantes períodos con gritos de entusiasmo y recio palmoteo, algunos de los apostrofados, especialmente el hombre de los pelos de punta y de la barba lacia, me acribillaban á menudo con preguntas sueltas ó frases mal intencionadas, que yo recogía en el aire con mucho gusto, porque en este tiroteo me ayudaba con todas sus fuerzas el público, que

siempre está de parte del que habla más recio y pega con mayor saña. Á veces me llamaba al orden el presidente, y aun se ponía del lado de mis contrincantes, cuya causa, hasta cierto punto, era la suya, como lo es de todo padre sin carácter la de un hijo mal educado; pero yo hacía con el presidente lo mismo que con sus presididos; y entonces los aplausos de la multitud eran mucho más recios, porque si gusta como dos ver apalear á los iguales, cuando se prende á la justicia el goce es mucho mayor.

Este duelo á estocadas duraba ya demasiado, porque el efecto estaba producido, y ciertas impresiones no pueden sostenerse en el ánimo por mucho tiempo: érame preciso concluir, y concluir bien, y en una pieza, para que el éxito fuera completo. Así traté de hacerlo. Un breve resumen de cargos, bien nutrido de color; una invocación á las víctimas de la cruenta lucha; un atrevido alarde de mi derecho para hablar así en medio de aquellas bizantinas porfías; y en seguida este parrajeo atronador, *progresista* y amenazante:

—La revolución tiene un programa bien definido, por cuyo triunfo se ensangrentaron las calles de Madrid; ese programa debe cumplirse... ese programa se cumplirá, aunque

para conseguirlo haya que ensangrentarlas otra vez, luchando á muerte contra los nuevos enemigos de la libertad. ¿Sabéis quiénes son estos enemigos? Los charlatanes que la comprometen; los mentecatos que la ponen en ridículo, y los ambiciosos que la deshonran.

Este remate, dicho con fiera voz y adornado de tres brazadas marciales y una gallarda sacudida de pelo con la erguida cabeza, produjo la tempestad de vítores y aplausos más ruidosa que se hubo formado jamás en el recinto de aquel viejo templo, levantado al arte que de esas tempestades se alimenta.

En medio del estruendo de ella salí, sin detenerme siquiera á echar una mirada de triunfo sobre aquel campo cubierto de cadáveres.

Por la noche, y al día siguiente, todos los periódicos daban minuciosos detalles del suceso; algunos reproducían párrafos enteros de mi discurso. Unos me apoyaban, otros me combatían; pero todos iban unánimes en declarar que mi oración patriótica era digna de los mejores tiempos de la tribuna romana.

No hizo más ruido que el mío el discurso con que, muy poco después, en un *meeting* del teatro de Oriente, se encaramó Castelar en la región de las celebridades tribunicias

desde la obscuridad del vulgo de los mortales.

El *Círculo* no volvió á reunirse más; se declaró disuelto, y la Junta, agradecida, me dió una silla en sus consejos.

Pero esto, por más que halagara mi amor propio, no bastaba á conjurar los serios conflictos de que estábamos amenazados á cada instante. Afortunadamente legó Espartero á Madrid; y entre formar para recibirle á su llegada; y formar para desfilár ante él, al otro día, en la Puerta del Sol, con nuestras banderas de percalina y nuestro abigarrado equipaje; y formar después en las barricadas cuando dedicó á muchas de ellas una cortés visita, se adormecieron las malas pasiones durante media semana; y para cuando quisieron despertar, ya estaba decretado el despejo de las calles, y la vuelta á sus ordinarias ocupaciones de tantos miles de patriotas que hormigueaban, cargados de armas y municiones, entre los amontonados adoquines.

¡Cuánto susto costó separarlos de aquel peligroso juego á que se habían ido acostumbrando! Gracias á que hubo otro juego con que engañarlos, por de pronto: el de la Milicia Nacional, en la que, si no eran tan bravucones, tendrían mejor disciplina y serían soldados más de verdad; esclavitud á que se acomodan siempre con grandísimo gusto los

hombres libres, enemigos jurados de todo linaje de opresiones y de tiranías.

Acabóse, pues, la guerra de las calles con la instalación de un Gobierno regular; y comenzó otra, si no tan ruidosa, mucho más tenaz, en los ministerios. La guerra de los destinos. No hablo de ella, porque de la noche á la mañana me dieron uno de los mejores en Gobernación. Cerca andaban de mí, aunque no tan altos, mis compañeros de redacción, menos Redondo, que no quiso ser más que comandante de un batallón de Nacionales. ¡Hasta el portero y los repartidores de *El Clarín* se colocaron!

Estos compañeros, Matica y demás amigos, estaban asombrados del ruido que yo hacía y de lo alto que volaba; yo no, porque había ido persuadiéndome, poco á poco, de que eso y mucho más merecían los hombres de mi importancia. Tampoco Clara se asombraba de ello, porque lo esperaba. Eso me dijo después de leer un rimero de periódicos, adquiridos no sé cómo, que hablaban de mi discurso; y cuando tuvo noticia de mi entrada en la Junta, y cuando me dieron el destino en Gobernación. Nada le asombraba en mí; pero yo estaba asombrado de que de todo me creyera capaz una mujer como ella, y de que lejos de aburrirse en mi pobre posada, nunca

me manifestara el menor deseo de abandonarla. En cambio, Pilita y Manolo, la una hecha ya un esqueleto y el otro una momia, sólo daban señales de vida para preguntarme cuándo saldrían de allí; y yo no me atrevía á decirles «ahora,» porque aunque las calles comenzaban á verse expeditas, y las gentes apaciguadas y en orden, el odio á Valenzuela estaba tan fresco en el corazón del populacho, como el primer día; y era muy arriesgado ponerle delante de los ojos cosa tan allegada al aborrecido personaje, como su propia familia.

Un feliz incidente vino á resolver esta dificultad, que ya comenzaba á apurarme un poco. La duquesa del Pico, sorprendida en Madrid por los acontecimientos, y en comunicación con Pilita desde que ésta le descubrió su escondrijo tan pronto como se deshizo la primera barricada, se disponía á pasar el resto del verano en una de las más tranquilas provincias del Norte, en la cual poseía una elegante y bien provista casa de campo. «Acompañadme vosotros»—decía á Pilita en el mismo perfumado billete en que la noticiaba aquélla su resolución,—«y todos saldremos ganando en ello, cuando nos veamos juntos y libres y bien oreados en aquel apacible retiro, á dos pasos de la frontera.»

Pilita me enseñó esta carta, y Clara me pidió mi parecer. Sin vacilar respondí que aceptaran lo propuesto por la duquesa. Nada más cuerdo ni conveniente en aquellas circunstancias, ni punto de refugio mejor situado para esperar el fin del fin de la política borrasca con entera tranquilidad.

—¿Está usted seguro de que no le engaña su buen *deseo* de que salgamos de Madrid?—me preguntó Clara subrayando, con toda la fuerza de su vigorosa pronunciación, aquella palabra.

—Mi *deseo* no puede engañarme—respondí dando igual arrastre á la misma palabra, por si acaso tenía la de Clara doble intención;—porque no es el deseo lo que me dicta el consejo, sino la triste necesidad, que no tiene entrañas.

—Pues cuando quieras, mamá,—dijo Clara á Pilita después de pagarme la galantería con un amago de sonrisa y un chispazo de sus terribles ojos negros.

Y Pilita, nerviosa, desconcertada de alegría, tras de abrazar á Manolo, que de gusto hizo dos piruetas y entonó con voz casajosa un trocito del *Matre infelice*, de *El Trovador*, ópera recién estrenada en el Teatro Real, respondió al billete de su amiga; y tal arte se dió su actividad, que antes de una ho-

ra quedaba acordado el viaje para tres días después en el coche-correo, el cual esperarían fuera de Madrid para exponerse menos á ser conocidas del populacho.

—Está en Bruselas... ¡y en grande!—me dijo Pilita después de enterarme de todo lo referente al viaje.

—¿Quién?—pregunté yo.

—Valenzuela. Lo hemos sabido por buen conducto. Y también él sabe de nosotros... y de usted; y le está muy agradecido, porque no ignora lo que usted ha hecho por su familia.

—Pues dele usted memorias,—dije á aquella pobre mentecata, sin que su hija me lo oyera.

Esto acontecía al empezar la tercera semana de agosto. Para entonces, ya estaba mi padre impuesto de todas mis aventuras y prosperidades, porque había cuidado yo de hacer llegar á sus manos resmas de papeles que las puntualizaban bien, y cartas en que le decía lo que no podían narrarle aquéllos, como mis servicios prestados á la familia de su excelso amigo; cosa que hinchó de honrada satisfacción al pobre viejo, cuya admiración al runflante manchego no había merchado un punto con las atrocidades que de él se escribían, porque las reputaba calumnias miserables de la envidia.

Lamentábase mi padre de que tantas cosas hechas por mí, tanto renombre y tanta gloria alcanzados en tan poco tiempo, fueran en pro y á beneficio de una causa tan del gusto de los enemigos de Dios; porque este escrúpulo le impedía abrir toda su alma al torrente de emociones que arrebatava al verse padre de semejante hijo; pero vime en seguida encumbrado en la alteza del destino que me dieron; halléme con influjo y mangoneo en región tan importante; y yo, que sabía cuáles eran los platos más del gusto de mi padre, escribíle al punto diciéndole: «ya no debe haber Garcías en ese pueblo, ni otro señor árbitro de sus destinos que usted... Corte, pues, y rajé á su gusto, que aquí estoy yo, por ahora, que soy el dictador de la provincia entera.»

¡Desde que nació, no se había visto en otra el buen hidalgo! Ya podía toser fuerte en su lugar; esgrimir la escoba sobre el suelo en que imperaban los Garcías; hartarse de barrer Garcías, y alzar diez codos por encima de su estirpe aborrecida los venerables monigotes de su escudo nobiliario. Y no se descuidó en hacerlo. Ni el alguacil quedó en pie á los primeros escobazos. Toda la administración municipal se vistió de ropa nueva, al gusto de mi padre, que se quedó sin cargo al-

guno porque no dijeran de él que le movían vulgares é insanas ambiciones.

—«¡Qué bien se está aquí ahora!»—me escribía después de darme cuenta de la limpieza que había hecho en el lugar.—«Parece que se ha ensanchado el territorio y que se respira en él mucho mejor... Por lo demás—concluía la carta,—las revoluciones son como otras muchas cosas: fuera de su quicio, corrompen; bien regidas, son hasta útiles. Cier-to que yo, en principio, jamás podré ser revolucionario; pero, por lo que respecta á esta última revolución, tanto me he acostumbrado á considerarla como obra de tus manos, que, hoy por hoy, aunque como revolución la deteste, como cosa tuya la miro con cierto amor... y no me estorba.»



XXVII

En este cielo alegre y sonrosado en que de tal modo despilfarraba sus luces la estrella de mi fortuna, había una nube negra que á veces la empañaba y muy á menudo me entristecía. Esta nube era el recuerdo de la pobre Carmen, sola y cargada de penas y de luto.

Visitábala yo con la posible frecuencia; pero no podía arrancarla, por más esfuerzos que hacía, de las cadenas de aquel dolor mudo que se había apoderado de ella. Las grandes pesadumbres ofrecen también su deleite en el recuerdo mismo de los sucesos que las producen. Guarda la memoria los minuciosos trámites de la muerte que nos llevó del mundo á un sér querido: allí están grabados todos, uno por uno, desde la insignificante dolencia que le postró en el lecho, hasta el último ruido del estertor de su agonía, con los